Un fantasma
recorre la tecnoesfera

Por Gerardo Sifuentes



Fotos: Gustavo Contreras

El entorno tecnológico en el que estamos inmersos provoca un abanico de reacciones físicas y psicológicas a las que nos acostumbramos prácticamente desde que nacimos. Desde el alumbrado público y los automóviles, hasta las hojas de cálculo y las redes sociales, hemos interactuado con estas invenciones y lidiado con las emociones y sensaciones que despiertan en nosotros. A veces hay comentarios en Facebook que nos incomodan, nos enfadan y cargamos con ellos todo el día. Una opinión en Twitter con la cual estemos de acuerdo nos puede hacer la mañana, o un meme nos hace soltar una carcajada. Estar en medio del tránsito citadino, sofocados y bañados en sudor, en un mediodía caluroso, puede ser desesperante, pero, si le añadimos que el tanque de gasolina está a punto de vaciarse, la experiencia resultará más intensa. Quizá conozcamos todos los trucos posibles para mejorar el rendimiento del teléfono celular y nos sintamos muy satisfechos al probar aquella aplicación que nos guía correctamente al destino que buscamos; sin embargo, si tenemos 10% de batería y ninguna toma de corriente eléctrica o cable a la mano, nos veremos obligados a pensar en

soluciones inmediatas. Cuando por la noche *se va la luz* en la casa o la bomba del agua se estropea, nos sorprendemos por nuestra falta de habilidades técnicas. Cada quien tiene sus anécdotas.

En términos de conciencia, experimentamos una apreciación personal y subjetiva a partir de las interacciones con la tecnología; el resultado de este encuentro es el *ghostware*. El nombre originalmente hace referencia a aquellos programas escondidos en las computadoras, encubiertos para no ser detectados y servir como herramienta a intrusos informáticos. El *hardware* son los dispositivos físicos; el *software*, el código que corre. En neurociencias, el *wetware* es la red celular que posibilita las capacidades de pensamiento; el ghostware es parte del *qualia*, el espectro producto del intercambio de información procesado por el cerebro –pieza clave de *wetware*– y el ambiente tecnificado.



El concepto tecnoestrés surgió en la década de 1980; se refería a la ansiedad o dependencia provocada por el uso de la computadora en el ambiente laboral. En términos históricos, el ghostware es más amplio en el rango de emociones y quizá tan antiguo como la luz eléctrica. Los sistemas iniciales de iluminación nocturna que usaban gas eran un remedo comparados con las lámparas de arco del siglo XIX. De hecho, como apunta Paul Bogard en su libro *El fin de la oscuridad*, la luz que emitía el primero era tan débil e insuficiente que para los estándares orgánicos de los ojos humanos seguía siendo de noche, un débil crepúsculo, a diferencia del agresivo y deslumbrante resplandor eléctrico, que obliga a las células fotorreceptoras de la retina, conos y bastones, a un brusco reacomodo para adaptarse. El alumbrado público electrificado transformó con los años los hábitos y costumbres sociales para siempre y trajo a los hombres un nuevo concepto de vida nocturna con las más diversas consecuencias. A la fecha, en algunas calles donde se han instalado anuncios espectaculares iluminados con luces led suelen ocurrir accidentes por la intensidad de la luz que ciega momentáneamente a los conductores. En lugares como la península de Yucatán se han observado cambios en las rutinas de alimentación de ciertas especies de pequeños reptiles diurnos por lo general, que aprendieron a obtener más alimento en las proximidades del alumbrado si permanecen despiertos unas horas después de anochecer, o despertar antes de que salga el sol, ya que la luz atrae grandes cantidades de insectos. Es el ghostware.

Un artículo del *Journal of American Medical Association*, con fecha del 19 de diciembre de 1912, firmado por el doctor en medicina George M. Gould, habla sobre los diversos síntomas observados en el público tras presenciar funciones de la naciente tecnología del cinematógrafo. Menciona que la velocidad de transición de las imágenes, 16 cuadros por segundo de entonces, que les brindaba el efecto de movimiento continuo, era la causante de síntomas diversos, desde náuseas y mareos hasta migrañas, dolores musculares, insomnio y deformaciones oculares. Aclaraba que la mejora en esta tecnología resolvería la situación, pero mientras tanto los médicos debían estar alertas para diagnosticar a sus pacientes, en especial a aquellos que tenían problemas de la vista previos. "En una docena de años, el negocio de los espectáculos de cinematógrafo ha crecido desde la nada a su

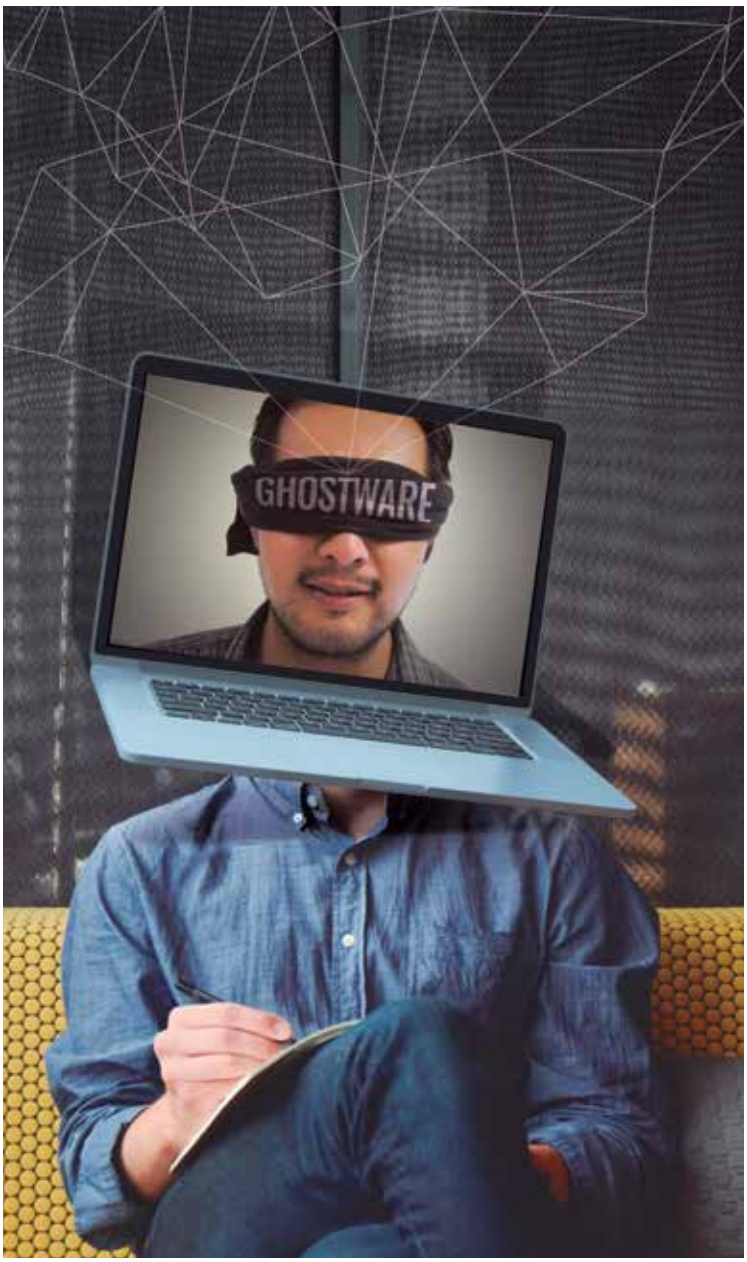

Ilustración digital: Gerardo Mercado

impresionante capitalización y popularidad", escribe Gould. Hacía hincapié que en Estados Unidos ya había entre 12 000 y 20 000 teatros dedicados a la proyección de filmes "uno por cada 5 000 u 8 000 habitantes aproximadamente", por lo que si, de acuerdo con sus cálculos, en promedio había cinco millones de espectadores diarios, los servicios de salud se verían con dificultades para atender a los afectados. Aunque, sin duda, hubo quienes padecieron los efectos, la gente se adaptó a la tecnología y aquella catástrofe sanitaria no ocurrió. Un siglo después, tal como se tenía previsto, la imagen en movimiento mejoró de manera considerable, por no llamarle dramática. Sin embargo, hace unas semanas otro problema relacionado con las películas fue el protagonista de un nuevo episodio en la historia: asistentes a una proyección durante el Festival de Cine de Cannes, en Francia, abuchearon al momento en que apareció el logotipo de Netflix en pantalla, esto por la indignación provocada por la polémica inherente a este sistema de distribución en línea o *streaming*, dado que la cinta no se exhibiría en cines, en pantalla grande como siempre se había hecho en la historia del festival. Esta transición provoca reacciones. Son los cambios. Es el ghostware, el fantasma que recorre el mundo.



Gerardo Sifuentes es periodista de ciencia y narrador. Coordinador editorial de la revista *Muy Interesante*. Su último libro de cuentos es *Paracosmos* (2016), editado por la UAEM. Puedes leerlo en gerardosifuentes.wordpress.com y @sifuentes.